mostrando la frescura de su brillante imaginación al matizar con rasgos de ingenio la sonoridad de los periodos y la cadencia musical de las terminaciones. Y su robusta elocuencia, no absorve ni obscurece en en lo más mínimo el fondo científico de la oración con las galas irresistibles de su forma oratoria sobremanera espiritual y salpicada de todo género de bellezas. Se diría que en un mar de rizadas ondas conduce, hábil piloto, la nave feliz de su argumentación ilustrada al puerto seguro del éxito preconcebido. Y confiado y majestuoso, lanza su espíritu á las inmensidades del eter azul de la Divina Gracia; baña allí su serena pupila, y luego abate el vuelo y solícito se cierne en las regiones de la ciencia humana. La ciencia y el arte son gemelos cariñosos que marchan identificados é igualmente victoriosos en las concepciones sublimes de su claro entendimiento. Y esto autoriza más el predominio de su palabra y explica el deleite que produce en el ánimo de sus oyentes; admirando los pensadores, la profundidad de sus conceptos y la extensión prolífica de sus saberes; aplaudiendo los artistas, la soltura y gallardía de la frase, el calor de las imágenes, la tersura del periodo y la sublimidad del conjunto, y aprobando todos, con frenético entusiasmo, la pureza de la doctrina, la congruencia del propósito, la magnificencia del ideal, la hermosura de los medios, la bondad del fin y la unción beatífica del eminente predicador.

VI.

EL Ilmo. Señor Silva "no pertenece á esa falange inquieta de fogosos polemistas que constituyen en esta época decadentista la policía de la Iglesia docente, y que, juzgándose intérpretes únicos de la voluntad divina, vilipendian á cuantos desconocen su autoridad en materias de fé, de costumbres ó de disciplina," que diría el distinguido crítico Don Armando Palacio Valdés; no, el docto Obispo de Colima posee el raro don de la elocuencia, porque es un verdadero orador sagrado; conoce su misión, y maestro ejercitadísimo en el arte difícil de instruir, convencer y persuadir, sólo deja que campeen en su oratoria, la fé, como inspiración, la ciencia, como apoyo, fundamento ó demostración última de sus conceptos, y el arte, como obligado vehículo del verbo intangible de la mente. Por eso le contemplaréis siempre en el púlpito como una visión beatífica; lejos del tiempo y del espacio la fúlgida brillantez de sus pupilas, perdidas con afán irresistible en buscar por los confines del espacio, el foco eterno de la Belleza Increada; la diestra en alto, como recibiendo inmediatamente de su cerebro luminoso el rayo diamantino allí forjado por la ciencia y que la lógica irresistible de sus ideas va á encadenar á la frase con el nervio del colorido y el hilo magnético de sus elevados sentimientos, para lan-

zarlo, no á guisa de impetuoso desahogo de sectario, á quien arrastran las genialidades del carácter ó los mal disimulados enojos de una ira ciega y bastarda, que valdría tanto como perjudicar los intereses más caros de la Religión y desvirtuar con absurdas añagazas la grandeza y dulcísima mansedumbre de las doctrinas evangélicas, sino como vivificador destello de luz que así lleva la paz á las conciencias como la alegría y el amor fecundo del bien á los corazones. Cuando el Ilmo. Señor Silva se engolfa en las graves y trascendentales cuestiones del dogma, y apoyado en la Hermenéutica extirpa y desarraiga los errores perniciosísimos de la filosofía moderna, ligados con solidaridad artificiosa á los grandes problemas de nuestra edad, le oiréis, ciertamente, tronar contra el Filosofismo y los corifeos de tan funestas doctrinas; pero sus arrebatos son legítimos y encausados en la suave pendiente de su razón ilustrada; su elocuencia será entonces amarga como la de Juvenal, y si queréis, hasta terrible como la de Arquíloco; ascenderá hasta la sublimidad como la del Primer Padre de la Iglesia Latina en su gloriosa lucha contra los donatistas, los maniqueos y los pelagianos; aparecerá enérgico, celoso é incisivo como el Santo Obispo de Milán, combatiendo á los arrianos en el Concilio de Aquilea; llegará hasta la austera severidad, grandiosa, firme é incorruptible del humilde eremita de Estridonia; tendrá el brillo y la fuerza incontrastable del gran Arzobispo de Sevilla, San Isidoro, en la célebre conversión de los visigodos; buscará como el *segundo* San Agustín, el célebre Arzobispo de Cantorbery, en la filosofía, todo el apoyo de la Religión; desplegará una energía imponente, rayana en la vehemencia patética, semejante é igual talvez, á la del censor y reformador de la Iglesia de Francia, el poderoso tribuno é ilustre abad de Clarabal, condenando los errores del realismo, del nominalismo y del conceptualismo de las escuelas en la Edad Media; enlazará, como el eminente Bourdaloue el fervor con la piedad, y la pompa del lenguaje con el predominio de la razón, ó talvez como el asombroso genio de Raimundo Lulio, pedirá á las lenguas extrañas, su filosofía, su arte, su riqueza, su nervio y su energía para vencer á los enemigos de la Religión Católica, en esa cruzada espiritual y grandiosa de que él es en nuestra patria autor y caudillo; pero nunca oiréis á su labio prohijar la sangrienta diatriba, ni el intencionado sarcasmo; de su lenguaje está proscripta la sátira que hiere, y jamás emplea la ironía que lastima; nunca, ni en medio de la vehemencia de su peroración agitada, derrama una gota de hiel; su escuela, hasta en este punto, es de amor hacia Dios, de santa ternura y de caridad y paz evangélica para con el prójimo, como que no desaparece jamás de su imaginación exaltada, ni aún en las tempestades de la improvisación, la sublime figura del Redentor del Mundo, dejando caer en la conciencia finita de sus hijos, semejante á rocío del cielo, este precepto generoso y divino: "amaos los unos á los otros."

Así es su robusta y serena elocuencia dogmática.

VII.

COMO panegirista, le encontraréis en la senda brillante trazada por San Atanasio, Patriarca de Alejandría, por San Gregorio Nacianseno, Arzobispo de Constantinopla, por San Juan Crisóstomo, anacoreta de Siria, el Homero de los oradores por ser el más elocuente de los Padres de la Iglesia Griega, por el águila vigorosa de Meaux, por el ascético Fray Luis de Granada y por Flechier el inimitable apologista del gran Turena. ¿Qué caudal de conocimientos ha necesitado atesorar su luminoso espíritu para no ofuscarse en esa constelación de soles?—¡Asombraos; pero creed, que el vuelo del relámpago no es más rápido que el de su inteligencia para asimilarse cuanto de notable ha producido el esfuerzo intelectual de las lumbreras cristianas! Proverbial es por otra parte su constancia en el estudio y rarísimos, por lo mismo, sus conocimientos hagiológicos. La Historia Eclesiástica y las doctrinas de los santos Padres le son hasta tal punto familiares que forman, por decirlo así, la atmósfera en que se desarrolla y vive su alma privilegiada. No parece sino que para él salió de la boca de Aristóphanes aquella frase encomiástica: "su espíritu sabe contenerlo todo."

VIII.

CUANDO discurre sobre temas de rigurosa moralidad, y aún sobre aquellos asuntos constreñidos á no salir de los severos límites del ascetismo, su elocuencia dulce y florida, su dialéctica clara é irresistible, y la profundidad de sus conocimientos, obligan á la memoria á recordar á San Basilio *el Grande*, Obispo de Cesarea y autor del "Hexamerón;" á San Juan, el eremita del Sinaí y autor del "Clímax ó Escala del Cielo," y al autor singularísimo y ejemplar de los "Ejercicios Espirituales," el primer general autócrata y perpétuo de esa falange de sabios que durante cuatro centurias ha llenado el mundo con sus hechos, los dominios de la ciencia con sus pasmosos descubrimientos y las páginas de la Historia con el catálogo onamáclito de sus miembros, quienes persiguiendo siempre una idea con fé é inquebrantable constancia, según aquella respuesta de su célebre General Ricci al Señor Clemente XIV: *sint ut sunt, aut non sint,* justifican su honrosa fama y aparecen en todo soberanos é invencibles como predicadores, como sabios y como profesores de los magnates supremos en la jerarquía social.

IX.

AHORA, si se quiere medir su superioridad en la obra santa y meritísima de instruir á los fieles, se le encontrará siempre al lado del Apóstol de las gentes, arrebatando á su auditorio, como aquél á los atenienses en su discurso sobre Dios y su providencia, cuando exclamaba: "Atenienses, yo he observado que "sois religiosos en todo; pues mirando al pasar vuestras divinidades, he "encontrado un altar sobre el cual había esta inscripción: AL DIOS "DESCONOCIDO. *Este a quien honrais sin conocer, es el mismo que "yo os anuncio;"* equiparándose al piadoso y sublime Fenelón, predicando más y con mayores y más copiosos frutos, con el ejemplo de su humildad insigne, virtud más costosa á los hombres de carácter elevado que á todos los demás, según la gráfica y elocuente expresión de Lamartine, que con las acaloradas peroraciones del levita encumbrado por su celo hasta el heroísmo de su profesión apostólica; siguiendo muy de cerca las huellas del Venerable Maestro Juan de Avila, el Apóstol de Andalucía, conversor admirable de un San Francisco de Borja, de un San Juan de Dios y de una incomparable Santa Teresa de Jesús; y en tarea tan saludable como acepta á la Divinidad, la vasta erudición y clarividencia de su entendimiento, hacen que su lenguaje sea para todo el mundo inteligible, convincente y lleno de verdad, de vigor y de belleza; parte del corazón inflamado por el amor divino y hiere y penetra las almas, conquistándolas para el cielo; hay sentimiento religioso, verdadero y profundo, pasión, espontaneidad admirable, fecundidad, dulzura que atrae y algo irresistible, ardiente y vago que arrastra las inteligencias y subyuga los corazones amantes de las cosas sobrenaturales y divinas. Ah! ¡No hay palabra como la suya que engendre sensaciones tan suaves, tan puras y tan tiernas; ni lágrimas que correspondan mejor al heroísmo de la nobleza como las que él obliga á asomarse, en señal de vasallaje, temblando de emoción á las pupilas; ni espíritu cristiano que al oirle no se sustraiga á las miserias de la vida terrena y se mezca en los espacios sin fin de las dichas sobrehumanas y constantemente apetecidas! El instante por él empleado en la creación del verbo luminoso de su mente, se transforma por don maravilloso en perdurable recuerdo que llena todos los momentos felices de la vida de sus oyentes: es la esencia de la verdad, saturando con aromoso efluvio la conciencia finita del hombre; es el prototipo de la idea cristiana ocupando el sitio preparado para esta idea en la imaginación de los fieles; es el rayo perenne de la ciencia divina arrojando su luz maravillosa sobre los sucesos y el decurso de la vida humana. Y ¿cómo no, si á ejemplo del grande agustino Fray Luis de León y de la fundadora de los carmelitas descalzos, la ilustre Doctora de Avila, el fondo de ternura que tan alto aboga por la belleza espiritual de su alma, obliga á su elo-

cuencia de tan hermosas enseñanzas y de tan vivos coloridos, á concatenar los derechos del cristiano con los deberes del creyente; las miserias del hombre con la infinita misericordia del Padre Omnipotente; el horror á la degradación con la perseverancia en la senda del bien; las amarguras de esta vida con las celestiales beatitudes del empíreo; el fugaz centelleo de los minutos que constituyen el tiempo con la duración serena, incomprensible é inexplicable de Dios y de la eternidad? Nada se escapa á su penetración, y todo lo abarca su espíritu: tiene ideas propias, y las expresa como nadie; es capaz de todas las delicadezas y concibe los más puros movimientos de la pasión intelectual; vuela con el impulso de la fantasía atraída por la hermosura irresistible de la Religión, y pone todo su celo al servicio de su ministerio augusto, con aquel noble desinterés sólo peculiar de las almas elegidas. Por eso subyuga é impone su criterio; por eso nos fuerza á la admiración más legítima, y al contemplarle cara á cara, en su trípode sagrada, *"notre tete se releve, notre maintien s' ennoblit,* como dice La Harpe del Apolo de Belvedere."

X.

GRAN parte de las oraciones de este eminente orador, son improvisaciones; el producto espontáneo de la naturaleza; el fruto del momento; la encarnación de la verdad interna; el fuego de la pasión sentida con trasportes psíquicos, pero rebosando de vida plástica, llenas de colorido y de originalidad, porque las nutre la realidad misma; convincentes, porque las anima la fuerza del raciocinio; precisas, porque ostentan el aticismo de la forma, la pompa y galas de nuestro idioma, cuya índole se acomoda admirablemente á todo aquello que escuda el linaje de la majestad, la prosapia de la nobleza; oportunas, porque las ciñe á las circunstancias del tiempo, del lugar y de la inteligencia de sus oyentes; y hermosas, sublimes y avasalladoras, porque son hijas de un espíritu excelso, enteo, é incesantemente vivificado por el protoplasma estético en toda su vasta y suprema esplendidez. Un día arrancó al Arte el secreto de poner el ánimo de sus oyentes al unísono del suyo, y desde entonces, por más que se remonte al infinito de las elucubraciones teosóficas, no hay miedo de que se les pierda de vista: cuando emprende su atrevido vuelo, acá en la tierra, las imaginaciones se agitan por él, y todas las voluntades estupefactas le siguen con amor. Sí: se estremece, y nos estremecemos; se acalora, y nos sentimos arder; argumenta, y subyuga nuestra razón; se conmueve, y el llanto asoma á nuestras pupilas; despierta sus enojos, y la cólera se iergue en nuestros corazones; amenaza con los castigos eternos, y nos hace temblar de espanto; promete las venturas celestiales,

y vamos en pos de su espíritu vidente hasta los umbrales del paraíso: ¡Ah! "¡de cuántas seducciones no se rodea una voz inspirada con el animado movimiento de la improvisación!. . . ."

XI.

NO sólo habla con pasmosa facilidad, proporcionándonos la sensación dulcísima del ritmo que pasara gradual y artísticamente de las sencillas notas de la plegaria al éxtasis solemne de la inspiración divina, sino que lo hace correctamente, con pureza y elegancia, como insuperable artista; con voz clara, melíflua y acariciadora como la cadencia irresistible de un místico laud; cultivando el estilo majestuoso y florido de Miguel de Cervantes Saavedra, los giros poéticos de Herrera, el gusto clásico de Rioja; el tinte grandioso de la oratoria de Donoso Cortés y la harmoniosa poesía del fecundo y sublime Castelar. ¡Qué profusión de epítetos, qué derroche de imágenes, qué riqueza de sentencias! ¡Cuánto aliento en la frase y cuánta vida en la acción! ¡Qué hermosa poesía la suya; sí, porque alguien ha dicho, y con verdad, que "la poesía es . . . la filosofía en traje de gala!"

XII.

A tan singulares dotes debe su inmenso prestigio, sus triunfos frecuentes y el más hermoso galardón de que puede sentirse ufano un hombre de letras: su entrada en la Academia Mexicana de la Lengua, Correspondiente de la Real Española.

Celebrábase en México, con clásica función religiosa en el aristocrático templo de la Profesa, el tercer Centenario de San Felipe Neri, el 26 de Mayo de 1895, y encontrándose por aquellos días en dicha Metrópoli el Ilmo. Señor Silva, los Padres del Oratorio le encomendaron el panégiro correspondiente. Preparóse con la anticipación debida el ilustre Mitrado y el día de la solemnidad ascendió á la cátedra del Espíritu Santo. Desconocido le era el auditorio, y por numeroso y selecto —todo lo que aquella capital encierra de notable en letras, burocracia y dinero, pues todos habían concurrido allí atraídos por la fama del eminente Orador— imponente y difícil de obligar á rendirle palmas y loores. Comenzó con un exordio lleno de valentía, elaborado con ciencia y notable erudición. Breve, hábil, de corte clásico, matizado por las elegancias del lenguaje tropológico y realzado por la nobleza y la oportunidad de los símiles. Sentó luego su proposición con extraordinaria precisión y claridad, llamando á San Felipe Neri "benemérito de la Iglesia y de la humanidad," y se internó con maestría en los domi-